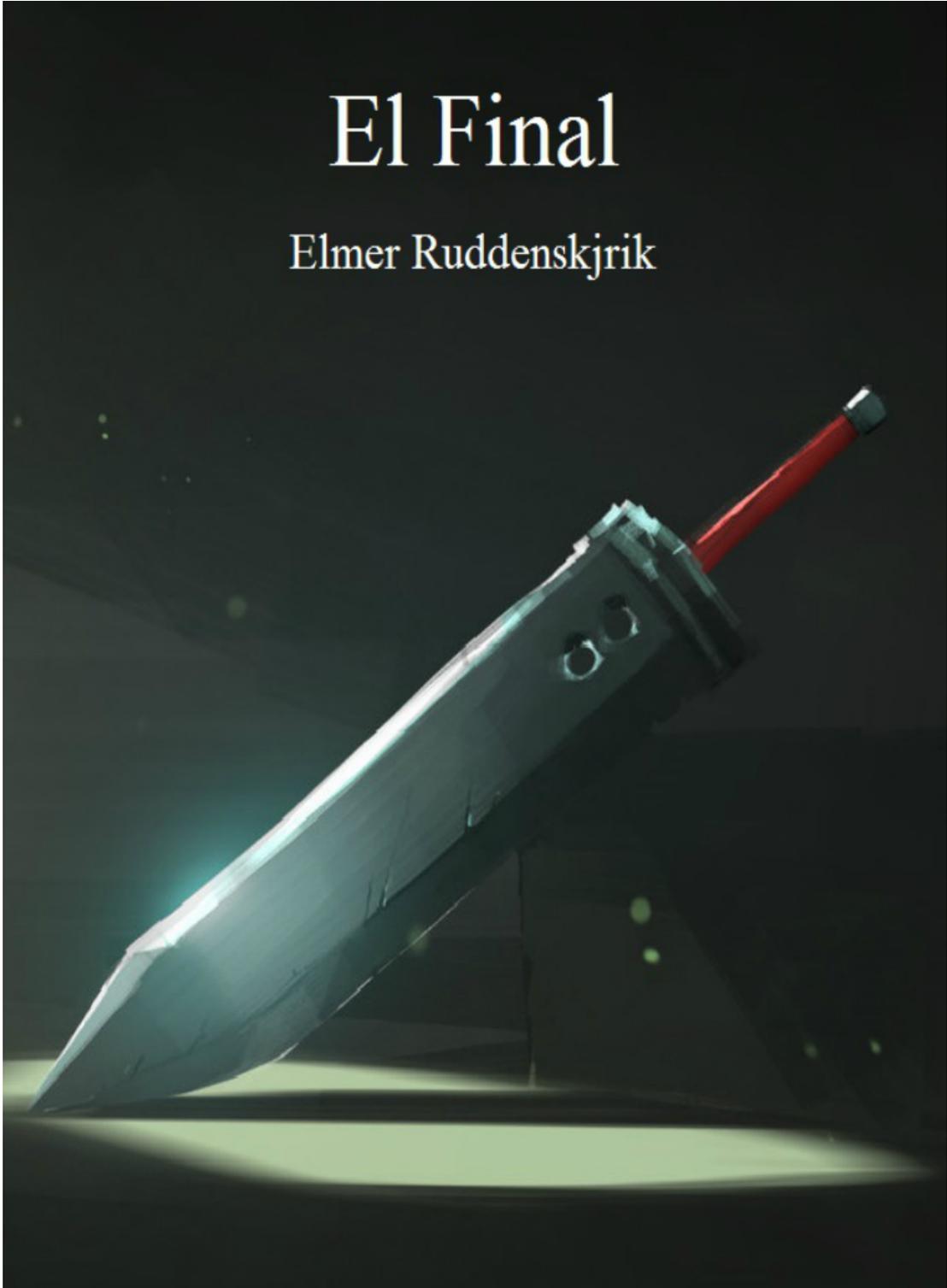


EL FINAL

Elmer Ruddenskjrik

El Final

Elmer Ruddenskjrik



Capítulo 1

Dedicado a los fans de Final Fantasy VII; y a sus creadores, por supuesto

Y ahora, que comience la función...

El Final

Sephiroth había sido derrotado. La última transformación, imposiblemente hermosa y grotesca a un tiempo, había sido derrotada por Cloud y sus amigos.

Ellos no habían sido más fuertes, pero Sephiroth había llegado a alcanzar un nivel de resistencia que le había hecho acumular la energía de mil millones de supernovas (casi un universo aparte) en la frágil forma física que había asumido, la que le mostraba como realmente era: el ángel destructor de mundos, el purificador de toda energía concebida en los oscuros e ignotos confines del negro éter.

El descendiente genético, el justo heredero por naturaleza, por obligación y por equivocación, del omnipotente ser que había sido la llamada Jénova. ¿Con qué derecho habían osado los ascendientes de los humanos, los Ancianos, enfrentarse a ella? Si del cielo llega tan bella y poderosa criatura, ¿cómo puede nadie pensar siquiera en enfrentarse a ella? ¿Cómo pudieron concebir la idea de haberla matado y mutilado, y antes de eso, haber enclaustrado su poder, que es como quitarle las alas a un pájaro, como las cercenaría un animal de largos colmillos, sometiéndola a tan claustrofóbica situación? ¿No sintieron sus almas el estremecimiento que ha de provocar la barbarie del enfrentamiento que sostuvieron contra ella, el rumor vibratorio de todo el universo sufriendo, llorando, por su hija predilecta y mensajera?

Pero no, no se puede almacenar, transformar, manipular o hacer desaparecer todo ese poder. Cuestión de tiempo era que ocurriera lo que estaba ocurriendo, que este planeta se enfrentara a la total consumación de toda manifestación de la vida, abarcando incluso todo plano espiritual. Sus habitantes habían hecho además grandes méritos para ganarse este final, tanto contra sí mismos como contra Jénova; pero era la inexorable venganza de ésta, manifestada en la persona de Sephiroth, la que les traía este término.

Sephiroth, con total imposibilidad de manifestarse físicamente, pues todas las células de su cuerpo habían estado vibrando a velocidades tan altas

que habían traspasado los límites de la luz y el tiempo, hasta un punto en que empezaron a devorar energía mucho más rápido de lo que la generaban, alcanzando cada pequeño átomo de su cuerpo la masa de un agujero negro, habiendo ardido por entero en un intenso fulgor frío, era, sin embargo, consciente de cuanto acontecía. Cloud y sus amigos le creían muerto, y estaban esperando como los ilusos que eran a que la magia de su amiga, la Anciana mestiza, brotara libre al fin respondiendo a su invocación.

Pero él no estaba muerto. Su infinitamente omnipotente consciencia estaba haciendo de barrera espiritual, estaba bloqueando con un peso asfixiante el intenso poder de Sagrado, enclaustrándolo como una vez hicieron otros con el de Jénova, incapaz de hacerlo desaparecer, de consumirlo, pero reduciéndolo a un tamaño tal que nadie podría decir que estuviera existiendo.

Nada pasaría. Meteorito traspasaría el planeta de parte a parte, atravesaría el corazón de corriente vital, el fuego arrasaría la superficie, todos morirían. Hasta la Anciana mestiza, a la que nunca dejaba de oír animando a sus amigos, vitoreando sus logros y consolándolos en los fracasos. Hasta Cloud, hijo bastardo, como muchos otros antes y después que él, de la incomparable Jénova; el hombre que le había matado la primera vez hacía tantos años, allá en el complejo de Nibelheim, cuando su verdadera naturaleza se le había acabado de revelar y no conocía todo su poder; el desconocido al que había manejado como a una marioneta para hacerse con la materia negra, origen de Meteorito; el hombre que le había derrotado una segunda y tercera vez, con la ayuda de sus ineptos compañeros.

Cloud.

El más recesivo de los proyectos derivados de Jénova.

El hombre que se había alzado con un poder comparable al de un semidiós.

Cloud.

No, no podía permitirlo. ¿Iba él a dejar que ese simple mortal, ese ser débil, dubitativo, confuso, privado de inteligencia y conocimiento, tuviera por segura su victoria sobre Sephiroth, heraldo del frío y vacío del universo? Claro que no.

La victoria de ese antagonismo no significaba nada, el planeta estaba a punto de ser destruido, sin remedio. Eso nada lo impediría ya. Pero Sephiroth, que básicamente seguía siendo humano, con sentimientos humanos, no podía quitar de su mente la imagen de Cloud mientras le atravesaba con su espada Masamune. El patético miembro de Soldado que

envolvió entre sus dedos la afilada hoja de la espada que le estaba matando, para tirar de ella y arrojarla junto a su dueño, el legendario e imbatible Sephiroth, al fluido denso y cálido del mako. Entonces Cloud no era más que un humano simple, sin la bendición de las células de Jénova, y le había derrotado. Sephiroth no se lo explicaba. Cloud sobrevivió a la mortal estocada. Sobrevivió al estresante y doloroso proceso de reconstrucción de Shin-Ra. Sobrevivió a la sobrecarga de su sistema nervioso cuando Sephiroth le manipuló como el pelele que era; incluso fue testigo de la regeneración de la mente quebrada que había quedado después, a lo que le había ayudado su querida Tifa. Y todo para volver a derrotarle una y otra vez, contra todo pronóstico, enfrentando en cada ocasión a Sephiroth con el olvidado y para nada añorado dolor humano.

Sephiroth acababa de tomar una decisión. La venganza de Jénova contra el planeta que le había dado muerte estaba cumplida. ¿Por qué no iba él a tener derecho a una satisfacción equivalente? Sólo pedía un enfrentamiento a solas contra Cloud. Mostrarle que no estaba muerto, que él no podía morir. Humillarle, vencerle, matarle. La única manera era extraer el alma de Cloud y situarla en su nuevo plano de existencia, ponerle a su mismo nivel. Expuesta en una medida espiritual, su alma de humano quedaría ridículamente postrada a la inmensidad de la del gran Sephiroth.

Lo hizo, extendió las invisibles garras de su poder sobre la frágil y transparente carcasa de su cuerpo, empuñó el espíritu que había dentro, cuyo peso era ínfimo, y lo arrastró a lo largo de eones de viaje que recorrió en apenas segundos, una visión que ningún mortal podría imaginar siquiera.

Sephiroth, que deseaba matarle con sus propias manos, moldeó ambos espíritus para que tuvieran las formas humanas que tendrían en el plano físico, para, no sólo destruir el alma de Cloud matándole de una vez por todas, sino poder además disfrutar, como hacía antaño, del acto de dar muerte a espada. Su espada Masamune apareció como invocada en sus manos, lo que no era extraño, pues el tiempo y los sentimientos vertidos en el uso de la espada casi la habían dotado de alma propia, solo que ésta era parte de la de Sephiroth.

Por fin sintió la llegada de Cloud, por fin le veía. Ahí estaba, volando hacia él con su esperada pinta de ex-Soldado desaliñado, su ridículo peinado de pelos de punta y su eterna mirada de estupor estúpido. Tal como él le recordaba. Pero algo cambió en su mirada. El tiempo que le hizo dudar no llegó a un segundo, pero dudó. La mirada de Cloud pasó de su acostumbrada incertidumbre a un resignado reconocimiento, casi como si se estuviera esperando que aquello ocurriese, como si lo supiera de antemano. Pero no podía ser. Esa mirada tenía que deberse a un

desconcertado abatimiento, no podía ser otra cosa. Pero, ¿lo era?

Cloud aterrizó ante él con cierta dignidad. No intentó decir nada, aunque probablemente tampoco fuera capaz, probablemente no sabría ni moverse en ese plano tan distante de la existencia. Estaban a universos enteros de la vida que habían conocido, nada parecía haber a su alrededor, aunque Sephiroth lo veía todo, lo sentía todo.

Cloud estaba inmóvil de pie ante él. Mientras, en su mundo, sus amigos le advertían de que el suelo bajo sus pies se derrumbaba. Su cuerpo iba a ser destruido también, pensó Sephiroth con satisfacción. Había llegado a sentir tal rencor hacia Cloud que la idea de hacerle desaparecer completamente le parecía irresistiblemente deliciosa, algo impropio de su nuevo ser, pero que no podía negarse. Estaba pletórico.

Cloud, dejando a Sephiroth totalmente desamparado, no por miedo o inquietud, sino de pura sorpresa, vio aparecer entre sus manos la vieja y usada espada de ancha hoja que siempre empuñaba en el mundo físico, y lo más absurdo es que hasta él mismo parecía sorprendido de verla ahí.

Sephiroth no daba crédito, lo que ocurriera en este mundo debiera plegarse exclusivamente a sus deseos y designios, y, desde luego, él no había brindado a Cloud su tosca arma, más propia de leñadores que de guerreros. ¿Qué estaba pasando?

Cloud, sopesando su arma como lo haría en el mundo físico, algo innecesario, pues el arma no existía realmente, dedicó una leve sonrisa a Sephiroth, un gesto que casi parecía de disculpa, pero que tuvo el efecto contrario en su eterno rival. Sephiroth sintió arder en llamas de odio su inexistente corazón humano, su desprecio por el ridículo ser fue mayor que nunca durante los momentos siguientes.

Sephiroth se lanzó contra la aturdida e inútilmente en guardia forma de Cloud, y le atravesó con su espada Masamune, parte de su alma medio humana y medio extraterrestre.

Cloud no emitió sonido alguno. Sí que afectó sufrir daño, sin embargo, aunque era difícil decir si era dolor real o sólo se había anticipado a lo que creía que le iba a doler, porque Cloud siguió materializado igualmente, como si nada hubiera pasado. Sephiroth estaba seguro de haber pasado por su espíritu, de haberlo segado como a una brizna de hierba, de haberlo manchado con la antimateria de que estaba hecha la energía de Jénova, lo que tendría que haberle consumido, haberle anulado, haberle neutralizado convirtiéndole en nada absoluta. Pero nada de esto pasó.

Cloud recuperó casi de inmediato su serenidad anterior, le dedicó otra leve sonrisa de disculpa y le respondió con una estocada gemela de la que él le había lanzado. Sephiroth quedó pasmado ante su movimiento, no

esperaba ni que fuera capaz de reproducirlo, pero ahí estaba. Y no sólo eso. El arma de Cloud se retiró, y del lugar en que le había alcanzado empezó a brotar una intensa luz roja. La energía de Jénova.

Le abandonaba, le desahuciaba, le estaba consumiendo para poder disiparse, para poder desaparecer. Sentía su miedo, su dolor y alarma ante el sufrimiento, y por fin Sephiroth lo comprendía.

Jénova no era ninguna imponente entidad que encarnara la tan necesaria muerte de las estrellas. Ni mucho menos. No era más que una bestia animal que mataba bien por necesidad, bien por placer, pero que no gozaba de un gran espíritu, lo que la dejaba por debajo de las especies animales más simples del mundo. Ahora lo estaba comprobando. Todo cuanto había llegado a conseguir se disipaba como un dulce sueño en esa vorágine de luz roja, todo lo que su poderoso espíritu le había permitido alcanzar se lo arrebatava ahora la mezquina naturaleza de Jénova, cuyas células preferían morir a tener que sentir más dolor. No era Jénova la poderosa, lo era él. Todo lo había hecho por ella, y por ella moría. Así se lo agradecía.

Las células de Jénova devoraron su materia espiritual en un voraz intento de resistirse a la autodestrucción. Sephiroth sintió su presión sobre Sagrado flaquear, sintió a duras penas su calor crecer mientras desaparecía. La Anciana mestiza había vencido.

Cloud había vencido.